

nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capon: entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, (1) mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando al huésped: «¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza?—Perdone vuesa merced, que han comido aquí unos amigos, y estos criados...» etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasion de engullir un bocado decimos: «Ahora deje vuesa merced, que le quiero servir de (2) maestresala; que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir que de comer.» Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: «¡Oh qué bien güele! Cierito que haría agravio á la guisadera en no probarlo: ¿qué buena mano tiene!» Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos (3) falta, ya tenemos sopa de algun convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, (4) todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarlos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos: que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra

(1) y mondaduras (M. F.)
 (2) maestresala; (R. F.)
 (3) falta, (M. F.)
 (4) y todo (R.)

la luz, pues en día claro andamos con las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los (5) tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia; *verbi gratia*: bien ve vuesa merced esta ropilla, pues primero fué gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y ántes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos y despues hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre y entónces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: «Ayudáos como buenos hermanos.» Y tenemos cuenta (6) en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos (7) que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traça para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos (8) *sanctus* aunque sea en el *introito*; levantámonos y arrimándonos á una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamas se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores ó estén muertos ó muy lejos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huésped por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su (9) tanda todas están contentas. Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almi-

(5) tobillos, (M. F.)
 (6) no andar (Id.)
 (7) alguno (M.)
 (8) *sanctus* (Los impresos antiguos.)
 (9) tanto todas están (R.)

donado no. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustentó porque se ceba el hombre en el almidon, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin se vive, y el que se sabe vadear es rey con poco que tenga.»

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á mu-

chas cosas, inclinándome á la chirlería (a). Declaréle mis deseos ántes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la corte con los demas cofrades del estafon) y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacia, á obligarle á mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

(a) En lengua rufanesca vale estafa y merodeo.

LIBRO SEGUNDO DE LA (1) VIDA DEL BUSCON (a).

CAPITULO PRIMERO

De lo que me sucedió en la corte luego que llegué hasta que anocheció.

A las diez de la mañana entramos en la corte: fuímonos á apea de conformidad en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamé; abrióme una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los piés, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germania, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para (2) pedir para una pobre) lo había allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se lo ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que no se desarrozaba, y pregunté (como nuevo, para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa; á lo cual respondió: «Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar.» Desarrozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo dellas, cuando él (para entrarse á espulgar) (3) se arremangó, y vi que eran dos roda-

(1) HISTORIA Y VIDA DEL GRAN TACAÑO. (M.)

(a) En la impresion de Bruselas no hay tal epigrafe; sigue el relato sin distincion de libros.

Este primer capitulo tiene número XIV, y siguen por su orden los demas.

Las ediciones posteriores lo han reproducido todo exactamente. Réstame advertir que en los ejemplares de Zaragoza y Pamplona es árabe la numeracion de los capitulos, y en los demas romana.

(2) pedir (M. F.)
 (3) le arremangó, (Z. B.)

jas de carton, que traía atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacían apariencias debajo del luto, porque el tal no traía camisa ni gregüescos; que apenas tenía que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que decía: «Espulgador hay;» porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. «Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré de recoger á remendar.» Preguntó si había algunos retazos; y la vieja (que recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba quince días habia en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iniguez del Pedroso. En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demas, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía (mire vuesa merced quién tal pensara) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulacion dijo: «Haráse á las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.» Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista. «Antes por estorbarla (dijo); sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.» Y diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquellas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecia; escribía nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dábafas en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacia cada mes: cosa que me espantó ver la novedad de la vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no se viese el angeo, que esta-

ba roto. Los valones eran de chamelete, mas no eran más de lo que se descubrian, y lo demas de bayeta colorada.

Este venía dando voces con el otro, que traía valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada (1) en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos: «La (2) mitad me debeis, ó por lo ménos mucha parte. Si no me la dais, juro á Dios...» «No jure á Dios (dijo el otro); que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos.» Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la penencia. Dijo el soldado: «¿A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vuestras mercedes que estando (3) en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era (4) yo el alferez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llévomele, y dijo (nombrándome alferez): «Mire vuesa merced qué le quiere este niño;» y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañuelos, y respondí á su madre, que los enviaba á (5) alguno de aquel nombre. Pídemela agora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices.» Juzgóse la causa en su favor; solo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo dellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas: que el sonarse está vedado.

Llegó la noche; acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los más, y que con acostarse como andaban de día cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO II.

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos.

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como á sacerdote que se viste: á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar adonde ménos convenia asomada; otro (6) pedía guía para ponerse el jubon, y en media hora no se podía averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro.

Cual para culcursirse debajo del brazo, (7) estirándole se hacía L. Uno, hincado de rodillas, remedaba un 5

- (1) en trapos y (M.) — entrambos y pellejos (F.)
 (2) mitad (R. F.)
 (3) yo en San Salvador (Z. R. P.)
 (4) el alferez (Id.)
 (5) algun hombre de aquel nombre. (Id.)
 (6) pedía (M. F.)
 (7) estirándose (R. P.)

de guarismo: socorría á los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacía un oவில். No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo ví (a); porque ellos cosían, y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales habia traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron (8) de irse fuera, y yo dije que queria trazasen mi vestido, porque queria gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. Eso no, dijeron ellos; el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien: deposité el dinero, y en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herruelo, quedó bueno. Lo que sobró dél trocaron á un sombrero (9) viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no más de por delante; que lados y traseras eran unas camuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, (10) los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusiéronmele, y dijeron: «El cuello está trabajado por detrás y por los lados. Vuesa merced, si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque piés, y para los de atrás traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote; de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente: y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una esquila en la pretina, yesca y eslabon en una bolsa de cuero, diciendo: «Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en esta se encierra todo nuestro remedio; (11) tómelala y guárdela.» Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros; (12) aunque por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á misacantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtióó.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomámos el camino para mi barrio señalado: á todos hacíamos cortesía; á los hombres quitábamlos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades inucho más. A uno decía mi buen ayo: «Mañana me traen dineros;» á otro: «Aguár-

- (a) El holandés Jerónimo Bosch, que pasó en España la mayor parte de su vida, floreció en la mitad última del siglo xv. Fué muy dado á pintar caprichos fantásticos, y su pincel es hermano de la pluma de QUEVEDO.
 (8) irse (M. F.)
 (9) reteñido; (Id.)
 (10) y estos cuatro dedos (Id.)
 (11) tome, y guárdela. (Id.)
 (12) si bien por ser nuevo (Id.)

dame vuesa merced un dia, que me trae en palabras el banco.» Cuál le (1) pedía la capa, cuál le daba priesa por la pretina: en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió pues que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos (segun dijo) por una deuda, mas no podía el dinero; y porque no le conociese soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno entre (2) verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía (que aun no le habia visto, por estar ocupado en chismes con una vieja). Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas al rededor, como perro que se queria echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: «¡Jesus! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido... (a) etc.» (3) Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo: «Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano; que veréis mil cosas (4) destas en el pueblo.» Pasámos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomámos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona; que nos lo dió de gracia (después de dar el bienvenido á mi adestrador). Y díjome: «Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; por lo ménos esto no puede faltar.» Aflijime yo, considerando que aun teníamos en duda la comida; y repliquéle, afligido por parte mi estómago. A lo cual respondió: «Poca fe (5) tienes con la religion y orden de los caminos. No falta el Señor á los cuervos ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y habia de faltar á los traspillados? Poco estómago (6) tienes.» (7) «Es verdad, dije, pero temo mucho tener ménos, y nada en él.» En esto estábamos, y dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no hubiera comido. Renovada pues la memoria, volvíme al amigo, y dije: «Hermano, (8) este del hambre es recio noviciado. ¡Estaba hecho el hombre á comer más que un sabañon, y hanme metido á vigiliass! Si vos no la teneis, no es mucho; que criado con hambre desde niño (como el otro rey con (9) (b) parbona), os (10) sustentais ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar; y así, yo determino (11) de hacer la que pudiere.» «¡Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan agora las doce, ¿y tanta priesa? Teneis

- (1) pedía (M. F.)
 (2) verónica (Z. R. P.)
 (a) cencerros se le antojan.
 (3) Yo me moría (M. F.)
 (4) de estas en este en el pueblo. (Z. R. P.)
 (5) tiene (M. F.)
 (6) teneis. (Id.)
 (7) Verdad es, dije, pero temo tener aun ménos, y nada en él. Estando en esto, dió (Id.)
 (8) esto de la hambre (Z. R. P.) — esto del hambre (F.)
 (9) cicuta, os sustentais (F.)
 (b) Ponzoña diria sin duda el original. Se alude á Mitrídates, rey de Ponto, de quien es fama que niño lo criaron con veneno, para que ninguno pudiera matarle.
 (10) sustentais (M.)
 (11) hacer (M. F.)

muy puntuales ganas (12) y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No sino comer todo el dia! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamas caballero nuestro haya tenido cámaras; que ántes de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya (13) os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche (c). Si vos quereis seguirme, venid; y si no, (14) cada uno á sus aventuras.» «Adios, dije yo, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle.» Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los piés; sacó unas migajas de pan que traía para el efeto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestidos: de suerte que parecia haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado, y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de picijos, no erraran.

Iba yo (15) fiado en mis escudillos, aunque me remordia la conciencia el ser contra la orden comer á sus costas quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivia un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero: puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un ajoado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez á pagarlo. En esto (16) me dió la una; angustíeme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo, que iba haciendo punta á uno, Dios que lo quiso, (17) topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venia haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguno, y tantos rabos, que parecia un chirrion: arremetió á mí en viéndome (18) (que segun estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé, preguntóme cómo estaba; díjele luego: «Señor licenciado, ¿qué de cosas tengo que contarle! Solo me pesa que me he de ir esta noche.» «Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, y ir con prisa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido.» «¿Qué aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado.»

Abri los ojos en oyendo que no habia comido; fuíme con él, y empecéle á contar que una mujercilla (que él habia querido mucho en Alcalá) sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegámos tratando en ello á su casa: entramos; yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos,

- (12) y han menester (M. F.)
 (13) los he dicho (Z. P.)
 (c) «Es la mayor miseria del estudiante (decía don Quijote) esto que entre ellos llaman andar á la sopa.»
 (14) á sus aventuras cada uno. (Z. P.)
 (15) confiado (Id.)
 (16) dió (Id.)
 (17) topé (R.)
 (18) y segun (M. F.)

no persuadiéndose (1) á otra cosa sino á que yo venia (2) convidado, por venir á tal hora, comenzaron á decir que si lo supieran que habian de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión, y convidéme, diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse, y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor (que ni me habia convidado ni le pasaba por la imaginación), de rato en rato le pegaba con la mozueta, diciendo que me habia preguntado por él, y que le tenia en el alma, y otras mentiras deste modo: con lo cual llevaba mejor el verme engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colete. Vino la olla, y comíela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con prisa tan fiera, que parecia que aun entre los dientes no la tenia bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el monton de la Antigua de Valladolid (que le deshace en veinte y cuatro horas), que yo despaché el ordinario, pues fué con más prisa que un extraordinario correo (a). Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos y el destrozo de la carne; y si va á decir (3) verdad, entre vuelta y juego empedré la faldriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dieha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: «¿A mí, señor? Ya bajo.» (4) Pidíle licencia, diciendo que luego volveria: quedóme aguardando hasta hoy; que desapareció por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso.

Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes: quiso Dios que llegaran á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria: yo empecé luego (para trabar conversacion) á jugar del vocablo del tercio y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dejé hueso sano á la razon. Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocian. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que habia sido atrevimiento ofrecerles nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traído de Milan, que á la noche llevaria un paje (que les dije que era mio por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado). Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacia sino quitar el sombrero á todos los odores y caballeros que pasaban; y sin conocer á nin-

(1) otra cosa (Z. R. P. M.)

(2) con cuidado (Id.)

(a) Es fundacion del conde don Pedro Ansuérez la parroquia de la Antigua, y fué reedificada por Alonso XI. Pasaba por moneda corriente en el vulgo que la tierra de su cementerio, suponiéndola traída de muy apartadas regiones, tenia la cuilidad de deshacer los cadáveres en solo un dia.

(3) la verdad, (M. F.)

(4) Pedíle (Id. y R.)

guno, les hacia cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía (con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió), que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde; y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que habia de ir el paje. Yo las pedí por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele, yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podia entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenia un coche sin caballos á la (5) puerta; y díjeles que aquella era, y que allí estaba ella, el coche y dueño para servir las. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdomé que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano; hice que le decia que se quedasen todos, y que me aguardasen allí; y verdad es que le pregunté si era criado del Comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase este Magazo, que era natural de Ollas; habia sido capitán en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flándes, decia que habia estado en la China, y á los de la China en Flándes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan (6), y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que habia sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que habia leído en unas coplas que andaban desto; y como él no sabia nada de mar (porque no tenia nada de naval más de comer nabos), dijo, contando la batalla que habia tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabia el pobrete que era nombre del mar, pasábase con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámonle la causa; y dijo que habia ido á la sopa de San Jerónimo, y que pidió porcion doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dárselo; y ellos, con el ojojo, siguiéronle, y vieron que en un rincón detras de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era

(5) puerta. Díjeles (M. F.)

(6) Así tan respetuosamente nombraban los españoles á aquel hijo del rayo de la guerra, al pacificador del reino de Granada, triunfador en Lepanto, conquistador de Túnez; nunca bastante celebrado príncipe don Juan de Austria. Los griegos le ofrecieron la corona; otra le preparó el Pontífice en la costa de Africa; otra le brindaron los irlandeses; quiso con él partir la suya Isabel de Inglaterra: á todo se opuso el rey de España, su hermano. De treinta y tres años, en el de 1578, falleció junto á Namur el libertador del mediodía, sin tener de qué hacer testamento.

bien hecho engañar por engullir, y quitar á otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con más prisa que convenia. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aun no los podia meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: «Yo volveré lo que he comido;» y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pidia para otros y no se preciaba de sopón. «¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pia, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música (decia un estudiante de estos de la capacha, gorrónazo); que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo ó otra cualquier dignidad, y se afronta un don Peluche de comer! Graduado soy de bachiller en artes por Sigüenza (a).» Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decia que, aunque acudia al brodio, era descendiente del Gran Capitán, y que tenia deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos.

CAPITULO III.

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel.

Entró Merlo Diaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena; la cual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubria pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras; y luego (como que no hacia partido) iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecia y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á don Cosme cercado de muchachos con lamperones, cáncer y lepra, heridos y mancos; el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos; porque si el que venia á curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino; hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus, entraba en las casas con *Deo gratias*; decia lo del «Espíritu Santo sea con todos.» Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacia que se le viesse por debajo la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacia creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios y que la hambre canina era ayuno volun-

(a) Tambien el cura del lugar de don Quijote era docto y graduado en Sigüenza. Este irónico general concepto presenta aquella universidad como una de tantas silvestres y campesinas, donde llevando los cursos probados y los puntos como bodegas en turquesa, cualquier estudiante se veia en dos por tres hecho y derecho todo un bachiller ó licenciado.

tario; contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decia: «Dios nos libre y nos guarde;» besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos á las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía el pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque á más de ser jugador, era *cierto* (así se (1) llama el que por mal nombre *fullero*). Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca á mujeres, tenia sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendia. Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andaba de noche desta suerte, diciendo: «Acordáos de la muerte, y haced bien (2) por las ánimas, etc.» Con esto cogia mucha limosna, y entrábase en las casas que veia abiertas; y si no habia testigos ni estorbo, robaba cuanto topaba; si le hallaban, tocaba la campanilla, y decia (con una voz que él fingia muy penitente): «Acordáos, hermanos, etc. (b)»

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos agora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razon para venderle; la cual se iba por las casas, diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacia dél para comer: y ya tenia para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja á cada paso, enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos á todos; traía (encima de muy buena camisa, jubon, ropa, saya y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenia en las cuevas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y enebria. Quiso pues el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil, y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebruseca. Y confesó luego todo el caso, y dijo cómo viviamos todos, y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traía media docena de corchetes (verdugos de á pié), y dió con todo el colegio buscon en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la cabañería.

CAPITULO IV.

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en flado.

(3) Echáronnos á cada uno en entrando dos pares de grillos, y (4) sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo; y sacando un doblon, dije al carcelero: «Señor, óigame vuesa merced en secreto;» y para que lo hiciese díle escudo como cara, y en viéndolo me apartó. «Suplícole á vuesa merced, le dije, que se duela de un hombre de bien.» Busquéle las manos; y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los di-

(1) llamaba (Z. R. P.)

(2) á las (M. F.)

(b) En las *Capitulaciones de la vida de la corte* reprodujo QUEVEDO este mismo retrato, que en parte se encuentra tambien en el *Alguacil alguacilado*.

(3) A cada uno en entrando nos echaron dos pares (M. F.)

(4) metiéronnos (R.)

chos veinte y cuatro, diciendo: «Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo.» Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejéme fuera, y á los amigos descolgáronlos abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles habia con nosotros; porque, como nos traian atados y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados, y otros (1) aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirle de alguna parte segura (por estar todo tan manido), le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, segun los tenia roídos la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la sogá en que venian ensartados, se salian pegados los andrajos. Al fin, yo fui (llegada la noche) á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traian de día; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima; cuáles jugaban. Y al fin cerrados, se mató la luz.

Olvidámos todos los grillos; estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á (2) santiguarme y llamar á santa Bárbara; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama: unos traian cámaras, y otros aposentos. Al fin, yo me vi forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. El, por levantarse aprisa, (3) derramóme, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á oscuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos; y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. (4) Llegó, abrió la sala, entró luz y informóse del caso. Condenáronme todos; yo me (5) disculpaba con decir que en toda la noche (6) me habian dejado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daría otro doblon, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir, ántes que á pellizcar el talego más de lo que estaba. Fui llevado abajo, donde me recibieron con (7) albórbola y placer (8) los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigoado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vimonos las caras; y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), so pena de culebrazo fino (a). Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenian qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado,

(1) aboques (Z. R. P.)

(2) turbarme; mas viendo que olian (M. F.)

(3) le derramó, (Id.)

(4) Abrió la sala, (Id.)

(5) disculpaba (Id.)

(6) no me (Id.)

(7) arborbola (Z. R. P.) — mucha arborbola (M. F.)

(8) los camaradas y amigos. (M. F.)

(a) Hablando de los velas ó vigías el licenciado Chaves, en la ya mencionada *Relacion de la cárcel de Sevilla*, dice: «El que se duerme, lleva *culebra*, que es lo mesmo que rebenque ó pretina.»

mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas; traia más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena (9) de portada. Llamábanle el Jayan; decia que estaba preso por cosas de aire; y así, sospeché yo era por (10) algunas fuelles, chirimías ó (11) abanicos. Y á los que le preguntaban si era por algo desto, respondia que no, sino por pecados de atras; y pensé que por cosas viejas queria decir, y al fin averigué que por puto. Cuando el alcaide le remía por alguna travesura, le llamaba (b) botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba, diciendo: «¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que (12) ha de hacer humo? Dios (13) es Dios, que te vendimie de camino.» Habia confesado este, y era tan maldito, que traíamos todos con carlanças las traseras como mastines, y no habia quien osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenia las asentaderas. Este hacia amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decia que estaba preso por liberalidades; y apurado eran de manos en pescar lo que topaba. Habia sido más azotado que postillon, porque todos los verdugos habian probado la mano en él. (14) Tenia la cara con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenia nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partia. A estos se llegaban otros cuatro hombres (rapantes como leones de armas) todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decian ellos que presto podrian decir que habian servido á su rey por mar y por tierra. No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos estos, mohinos de ver que mis compañeros no contribuian, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una sogá dedicada a efecto. Vino la noche, (15) fuimos ahuchados á la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luego debajo la tarima. Empezaron á silbar dos dellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cebadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima: estaban como liendres en cabellos, ó chinchas en cama. Sonaban los golpes en la tabla, callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote que tenian recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacian ruido con las prisiones. El, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacian les sonaban los huesos como tabillas de san Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajó en pié; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenia el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abier-

(9) deportada. (Z. R. P.)

(10) algunos (F.)

(11) abanillos. (M. F.)

(b) Al mismo alcaide.

(12) te ha de hacer (F.)

(13) que te vendimie (P.)

(14) La cara tenia con (M. P.)

(15) fuimos (P.)

ta. Y no hallando ningun remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad ni aun de bondad), dijo que le dejasen salir; que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintióronsele, y á pesar de los otros que se defendian con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenian las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos; y así, aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que (1) llaman ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque habia piojo con hambre canina, y otro que (2) en un bocado de uno dellos quebraba ayuno de ocho dias; habíalos frisones, y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados dellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras unádas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen si no les hacia mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á (3) reparar las manos al carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle á decir (después de haber tratado de la causa) cómo yo tenia no sé qué dinero; supliquéle (4) que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un (5) hijodalgo desgraciado que por engaño habia incurrido en tal delito: «Crea vuesa merced, (dijo), después de haber pescado la mosca, que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré á paz y á salvo.»

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García el alguacil, que importaba (6) el acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo: «Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (que las más veces lo están), hacer una acción, destruye un cristiano.» Díme por entendido, y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenia de la frialdad de la cárcel; y últimamente me dijo: «Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino (7) es por interés.» Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fué, y yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos, dejábame entrar en su casa. Tenia una ballena por mu-

(1) llaman (M. F.)

(2) con un bocado (Id.)

(3) repararle (Id.)

(4) me lo guardase, y en lo que hubiese (Id.)

(5) hijodalgo (Id.)

(6) acallarle (Id.)

(7) por interés. (Id.)

jer, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras.

Sucedió que el carcelero (que se llamaba Tal Blaudones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moraez) vino á comer, estando yo allí, muy enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: «¿Qué ha de ser, si el bellaco ladron de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia?» «¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?» dijo ella. Por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo á sus criados que me limpien?» Y volviéndose á mí, dijo: «Vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedis de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si le oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de san Andrés.» Entónces, muy afligido el alcaide, replicó: «¿Ay mujer! que callé porque dijo que en esa teniades vos dos ó tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no le comer.» «¿Luego judía dijo que era?» «Y con esa paciencia lo decis, buenos tiempos?» Así sentis la honra de doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabé Dios y todo el mundo?» «¿Cómo hija (dije yo) de Juan de Madrid?» «De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñon. Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo.» Y volviéndome á ellas, dije: «Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quien es y cómo, y esto me toca á mí; y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco: ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro.» Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenia ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo; y porque no me cogiese en mentira hice que me salia de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase ni pensase más en ello. Yo de rato en rato salia muy al (8) descuido, diciendo: «¿Juan de Madrid! Burlando es la probanza que yo tengo suya.» Otras veces decia: «¡Juan de Madrid el mayor! Su padre de Juan de Madrid fué casado con Ana de Acebedo la gorda»; y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas el alcaide me daba de comer y cama en su casa; y el buen escribano (solicitado dél y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregon este: «A esta mujer por ladrona.» Llevábale el compas en las costillas el verdugo, segun lo que le habian recitado los señores de los ropones. (9) Luego seguian todos mis compañeros en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desteráronlos por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano; y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

(8) descuidado, (Z. R. P.)

(9) Seguan luego (M. F.)